

en Inglaterra por libras esterlinas; en Francia por *écus* de oro, y en España por la *avería* de cada individuo.

Para el avaro, el talento es del color de los billetes de Banco y de los títulos del *re*.

Para muchos políticos, el talento tiene la *forma* de un *talento* de *talento*, el *talento* *talento* vale á unos *talento* *talento*; esto es, sin *talento*.

Para los hijos de la moda, el talento es su madre, *talento* *talento* *talento*.

EL TALENTO.

Procedamos con método. Una cosa es el talento de las mujeres, y otra cosa es el talento *talento* *talento* *talento*.

El talento es una palabra de que en todos tiempos se ha abusado, y de que hoy se sigue abusando más que nunca.

Todo el mundo habla de talento, y cada cual lo comprende á su manera.

Para ciertos filósofos, el talento es no entenderse unos á otros.

Para algunos sábios, el talento es no dejarse entender de los demás.

Para el vulgo de los ignorantes, el talento habla en latin.

Para el vulgo de los eruditos, el talento habla en aleman.

En italia se calcula el talento por bemoles;

ilusion que siempre tiene de rosa los horizontes de lo porvenir. La amargura está en los recuerdos ligeros que siempre ofrecen á la vista la sombra horrenda del dolor pasado.

¿Cuáles son los síntomas que acompañan á la melancolía?

Son tales, que no pueden nunca ni por un día confundirse. No nos referimos á los síntomas que observan y examinan los que no van en la melancolía sino un estado patológico por parte de nosotros á nuestros lectores á cualquier tratado de medicina.

La source de la melancolía tiene en sí una expresión tan vaga, tan dulce, tan misteriosa, que en ella se encierra mayor tesoro de sentimientos y de emociones que en libros enteros de los que produce el moderno escepticismo.

La mirada melancólica es turbal apacible de ternura, que no es dado percibir á todos los corazones; á la manera que sólo el ángel puede mirar de frente el disco esplendoroso del sol.

La mirada de una mujer melancólica semeja el tibio destello del sol que se pone en un concha para alumbrar en el otro con resplandores más vivos.

¿Cuáles son los medicamentos con que se cura la melancolía?

La ginera dice: campo y distraccion.

La experiencia dice: AMOR Y ESPERANZA.

en Inglaterra por libras esterlinas; en Francia por *calembourgs*, y en España por la *seriedad* de cada individuo.

Para el avaro, el talento es del color de los billetes de Banco y de los títulos del *tres*.

Para muchos políticos, el talento tiene la forma de una cartera ministerial.

Para los aspirantes á sábios, el talento equivale á unos lentes *rasos*; esto es, sin graduación.

Para los hijos de la moda, el talento es su madre.

Para las mujeres.....

Procedamos con método.

Una cosa es el talento de las mujeres, y otra cosa es el talento *para* las mujeres.

Es decir, que debe distinguirse entre su talento propio y el juicio que les merece el talento de los demás.

Más claro; debe distinguirse entre el talento *subjetivo* y el *objetivo*.

Al escribir *más claro*, hemos querido escribir *más modernamente filosófico*. Son voces sinónimas.

El que crea que nos burlamos, nos juzga filósofos sin advertirlo, porque, según Pascal, una de las maneras de filosofar, es burlarse de la filosofía.

Prosigamos.

Al hablar del talento de las mujeres no

nos proponemos hablar de las mujeres de talento.

Esta segunda parte la aplazamos para otro capítulo.

En el presente solo nos toca investigar qué es el talento *de* las mujeres; y qué es el talento *para* las mujeres.

II.

Para que un hombre en España llegue á ser *hombre de talento*, es indispensable que empiece por ser *muy sério*.

El talento varonil no se rie nunca.

Esta doctrina no es aplicable á las mujeres. Las más *sérias* no suelen ser las de más talento.

Se exceptúa un solo caso: cuando tuvieren motivo para ocultar la dentadura; entónces el no reirse viene á ser un buen indicio de talento.

Deducion: las mujeres que no se rien, ó tienen muy poco talento, ó tienen un talento á prueba de cáries y de escorbuto.

Prescindamos de la risa y filosofemos. El talento de las mujeres no tiene los medios de exteriorizarse de que dispone el talento de los hombres.

Las mujeres, por punto general, no escriben libros, ni se sientan en las cátedras, ni peroran en los tribunales y en los parlamentos; ni siquiera arreglan el mundo en las columnas de un periódico.

Es decir, que no tienen el talento de los grandes sábios, ni el de los maestros, ni el de los oradores, ni siquiera el de los *fondos* y las *gacetillas*.

Y, sin embargo, las mujeres tienen, por punto general, mucho talento.

Si el talento es la vista del alma, muchos de esos sábios, y de esos maestros, y de esos oradores, y de esos periodistas, son míopes comparados con innumerables mujeres que ni escriben, ni enseñan, ni peroran.

Dad á las mujeres los estudios y educacion de todos esos hombres de letras, ó dejad á esos hombres de letras sin estudios y sin educacion, como están por regla general las mujeres, y aquella proposicion quedará plenamente demostrada.

Entre cien hombres encontraréis dos de talento: entre cien mujeres encontraréis una sin él: hé aquí la proporcion en que distribuye el talento una escritora célebre de Francia.

Aunque por razones de equidad modifiquemos un tanto la proporcion, siempre resultará, meditando con detenimiento, que esa escritora se aproxima mucho á la exactitud.

El hombre, en la mirada de una mujer, no vé más que una mirada. La mujer, en la mirada de un hombre, lee de ordinario hasta la última página del libro de su corazon.

La mujer, cuando soltera, tiene el talento de *adquirir*; cuando casada, tiene el talento de *conservar*. El hombre, cuando soltero, suele hacer alarde de calavera sin serlo; cuando casado, suele ser calavera sin hacer alarde de ello.

Y es porque el hombre tiene generalmente una idea muy equivocada del talento de la mujer.

El talento de hacerse siempre *amable*, vale por lo ménos tanto como el escribir una novela en cinco tomos.

Los hombres de mayor talento, en la dilatada série de los siglos, han sucumbido al influjo de una mujer; que lo diga la historia. Es un fenómeno casi constante, á partir desde el paraiso.

El talento de mirar y el de sonreir, que al vulgo parecerá muy poca cosa, no lo cambia la mas inofensiva de las mujeres por el talento de formar un alegato ó de escribir *á la luna* un centenar de octavas reales.

Y es que con un alegato y ochocientos endecasílabos *á la luna* suelen quedar las cosas como estaban; al paso que con una mirada á tiempo ó con una sonrisa *inteligente*, suelen

no quedar como estaban la inteligencia y el corazón del letrado y del poeta.

III.

El talento de las mujeres no debe confundirse con la erudición, y mucho menos con la afectación de la ciencia.

Un poeta latino del siglo de oro deseaba, si mal no recordamos, mujer *non docta*: otro poeta, también latino, y también del siglo de oro, ha escrito este consejo: "Conviene que el marido pueda cometer impunemente un solecismo." Otro escritor, diez y nueve siglos más moderno, opina que dos talentos en un matrimonio son mucho talento para una casa sola.

Las naciones son casas muy grandes; ó las casas son naciones en pequeño.

Hace tanto la mujer que en determinadas ocasiones mantiene la paz doméstica, como el diplomático más serio de esos que con sus protocolos diz que mantienen el equilibrio europeo.

Conquistas hace el talento de la mujer que no soñara nunca el talento de sábios muy famosos.

Con mucho talento, bastante belleza y poco amor puede una mujer, según Fontenelle,

governar á su capricho al hombre más altivo y más soberbio.

Y si tal triunfo consigue la mujer con poco amor, ¿qué fuera si utilizase el tesoro de su ternura?

Allá en remotas edades el talento de la mujer debía ser un talento formidable: *maliicia natural* le llama Hipócrates.

Para Sócrates es más temible el amor de una mujer que el ódio de un hombre.

Para Plauto, tratándose del mérito de las mujeres, no cabe disputa: es inútil hablar de lo que no tienen.

Después de todo, hay que convenir en que estos sábios y todos sus imitadores, desde Hipócrates acá, si denigran el sexo en abstracto, lo adulan en concreto: si aborrecen á las mujeres en conjunto, las adoran en particular.

Esa misma insistencia con que se escribe y se habla contra las mujeres, es prueba de su poder.

Y ese poder no se conserva sin talento.

Al contemplar esta verdad, casi nos arrepentimos de algunas indicaciones que en estos APUNTES hemos consignado.

Cuando nos lamentábamos de la falta de educación, del vacío horrible en que vive el bello sexo, tal vez conspirábamos de buena fé contra la humanidad.

¿Cual seria el poder de las mujeres con su

natural hermosura, con su talento natural, y con la educacion y la instruccion, que vienen á constituir segunda naturaleza?

Convengamos, pues, en que si el talento de las mujeres no consiste en escribir libros, ni en perorar, ni en bagatelas por ese orden, consiste casi siempre en dominar á su placer, con la sola autoridad de sus gracias y de sus dotes, á los que escriben los libros y á los que peroran, y aun á los mismos que las vituperan y las compadecen.

En eso consiste el talento de las mujeres. Examinemos ahora en qué consiste el talento para las mujeres.

IV.

Llegamos á la parte seria del talento; fuerza será tratarla en serio.

El talento de la mujer es de suyo alegre y chispeante; el talento del hombre..... ya es otra cosa.

Debemos, pues, cambiar de tono.

Ya no se trata de ese talento jovial, de esa lozania de *esprit*, como dicen nuestros vecinos, que se revela en unos ojos de fuego y juguetea en unos labios de púrpura.

El talento de que hablamos suele revelarse

á través de un aspecto grave, y anidar debajo de una peluca.

Difícilmente se llega á ser hombre de talento sin los requisitos previos de gravedad y calvicie.

Pero esta no es la cuestion.

Se trata de averiguar en qué consiste el talento para las mujeres. Y justamente para las mujeres una seriedad afectada y una peluca son el polo antártico del talento.

Las mujeres prefieren, á ser posible, un talento elegante, expansivo y que no peine canas.

Y en eso hacen bien; porque muchos de los otros sábios de peluca suelen tener erudicion prestada, y de aquí resulta que por dentro y por fuera llevan vestida de ageno la cabeza.

Las mujeres de talento distinguen muy luego á los hombres que lo tienen.

Y es natural. Así como el diamante brilla solo al contacto de la luz, dice Petit-Senn, el talento brilla solo al contacto del talento.

Sin embargo, ni todas las mujeres aprecian el talento de igual suerte, ni todos los hombres tienen igual clase de talento.

El talento político no es lo mismo que el filosófico: el talento de academia difiere del de salon.

Sábios hay que escriben libros hasta en fóllo, y que en presencia de una dama cometen

inconveniencias y sandeces del tamaño de sus libros.

Profanos hay á toda materia científica, que con los solos recursos de su ingenio conquistan simpatías muy profundas, y aun llegan á seducir y á deslumbrar.

Los primeros son ídolos de oro forrados de estaño; los segundos son ídolos de estaño forrados de oro.

Cuando las mujeres llegan á comprender esta diferencia, aman á los primeros con la cabeza y á los segundos con el corazón.

El gran Balmes clasificaba á los hombres de talento en *almacenes* y *fábricas*: los primeros saben todo lo que han leído; están llenos de ideas, pero todas adquiridas en los libros: los segundos leen poco y crean mucho; están llenos de ideas pero todas elaboradas en su inteligencia: los primeros conservan y repiten lo que *han dicho* otros; los segundos *dicen* para que los demás conserven y repitan: los primeros hablan más que meditan; los segundos meditan más que hablan: para la sociedad, los primeros son más *entretenidos*, los segundos más *útiles*. Para las mujeres, los primeros son inofensivos; se declaran á todas horas y no se fijan nunca: los segundos son temibles; se fijan desde un principio y quieren ser adivinados.

Los primeros tienen su mayor complacencia en responder; los segundos son más aficiona-

dos á preguntar. Aquellos, en fin, dicen todo lo que saben; estos procuran saber todo lo que dicen.

Dejemos á los sabios la tarea de concederles estos pareceres.

En nuestro sentir, se revela el talento más en el silencio que en el ruido. Créese vulgarmente que las mujeres tienen por hombre de mayor talento á aquel que más las adula.

Podrá ser: la adulación reúne en sí muchos atractivos; pero hay pocas mujeres de tan exigua perspicacia que confundan desde cerca la galantería con la adulación.

Por más que á su vanidad se resista, hay ya pocas mujeres que ignoren que quien ménos las estima es siempre quien más las lisonjea. La estimación profunda es callada y respetuosa.

Y aquí surge una pregunta. ¿Puede alguna vez consistir el talento en el silencio?

Muchas, innumerables veces.

Si dudas, calla, dijo Zoroastro.

Es preferible saber que no se dice nada, á saber que se dice lo que no se sabe.

Es preferible callar cuando hay riesgo de no ser creído.

Acerca del silencio hay muchas opiniones: desde el extremo de llamarlo *elocuente* hasta

el extremo de asegurar que quien calla no dice nada, se encuentran luchando cuerpo á cuerpo estos dos pensamientos: *quien calla otorga; negarse á contestar es contestar negativamente.*

Dejemos á los sábios la tarea de concordar estos pareceres.

En nuestro sentir, se revela el talento más bien por lo que se calla que por lo que se dice; pero añadiendo una idea; siempre que el que calla tenga probado con anterioridad que ni es mudo, ni evita por orgullo ó por temor las ocasiones de hablar.

Porque es de advertir que el talento y la prudencia se parecen mucho al orgullo y al temor.

Y precisamente no hay nada más humilde que el talento, ni nada ménos cobarde que la prudencia; como que es hermana de la justicia y de la fortaleza.

No es, pues, el que más desagrada á las mujeres el talento que calla, siempre que sea talento.

El talento que las adula, más bien las guía al agradecimiento que á la admiración.

Y si las adula de una manera exagerada, obtiene el resultado contrario.

El talento que lo habla todo es el más antipático á las mujeres.

El talento que habla en latin y cita en su original sentencias de Boileau ó versos de

Schiller y de Milton, es para las mujeres profundamente ridículo.

La caricatura del talento es la pedanteria; y los pedantes solo sirven para *divertir* un rato; pasando de media hora, se hacen ya insupportables.

Y hablar en latin y citar versos en francés ó en aleman ó en inglés delante de las mujeres, ha sido y es y será siempre rasgo gráfico de la más insigne pedanteria.

VI.

Si, pues, no es para las mujeres mayor talento el talento que más las adula, ¿cuál podrá ser en este punto su regla de apreciación?

Muy sencilla. El hombre que llega á dominar su corazon de una manera tranquila y delicada; el que las lisonjea sin ruborizarlas y las respeta sin adulacion, aquel conoce los secretos de una ciencia muy difícil; de una ciencia que no puede profesarse sin gran talento, sin un talento superior, segun parecer de un sábio, al que se exige para mandar un ejército numeroso.

Hacerse amable, más que por la fortuna de la impresion, por los recursos del ingenio y de las grandes dotes, es para las mujeres tener mucho talento.

Y raciocinan muy bien: leer libros en pergamino y resolver problemas difíciles y brillar entre los hombres de ciencia, son títulos muy recomendables para pedir ingreso en una academia; pero con todos ellos puede un hombre carecer de talento y ser derrotado en cuestiones que lo pongan á prueba por el último colegial de una tertulia.

El amor más fuerte y más puro no es el que sube desde la impresion, sino el que desciende desde la admiracion.

Una admiracion muy sincera, dice Stendhal, hace decisiva la más leve esperanza.

En honor de la verdad, las mujeres se admiran muy pocas veces; les agrada más, y es natural, ser objeto de admiracion.

De todas suertes, es casi un axioma que la mujer que admira ama. El amor en este caso tiene una naturaleza privilegiada; brota con igual lozanía de la cabeza y del corazón.

En el orden regular de las personas y de los sucesos, el talento influye en el amor, pero no decide.

Puede asegurarse que en la actual prosaica sociedad el talento ocupa el tercer lugar entre las condiciones *atendibles*; sigue á la posicion y á la figura; es decir, vale ménos que un capital, que puede aniquilarse; ménos que un alto empleo, que puede perderse; ménos, en fin, que la gallardia, contra la cual conspiran hasta los guijarros de la calle.

¿Y sin embargo, el talento hace los capitales y adquiere los empleos, y sobrevive á la belleza!

¿Y sin embargo, con todos los capitales, y todos los empleos, y todas las gracias, no puede comprarse un átomo de talento!

Una pregunta nos queda todavía por hacer.

¿Es cierto que las mujeres aman alguna vez por vanidad?

Parece imposible que la *vanidad*, que, como indica su mismo nombre, es la *negacion*, pueda guiar hasta el amor; pero no nos atrevemos á responder *negativamente* á la pregunta.

El amor propio de una mujer es palanca muy poderosa; y no hay corazón que no desquicie, si tal es su propósito. Nos permitiremos, no obstante, advertir que si hay alguna vanidad disculpable y aun meritoria, es la que se cifra en avasallar al talento.

En ese caso la vanidad es un tirano, que se parece mucho á su víctima.